

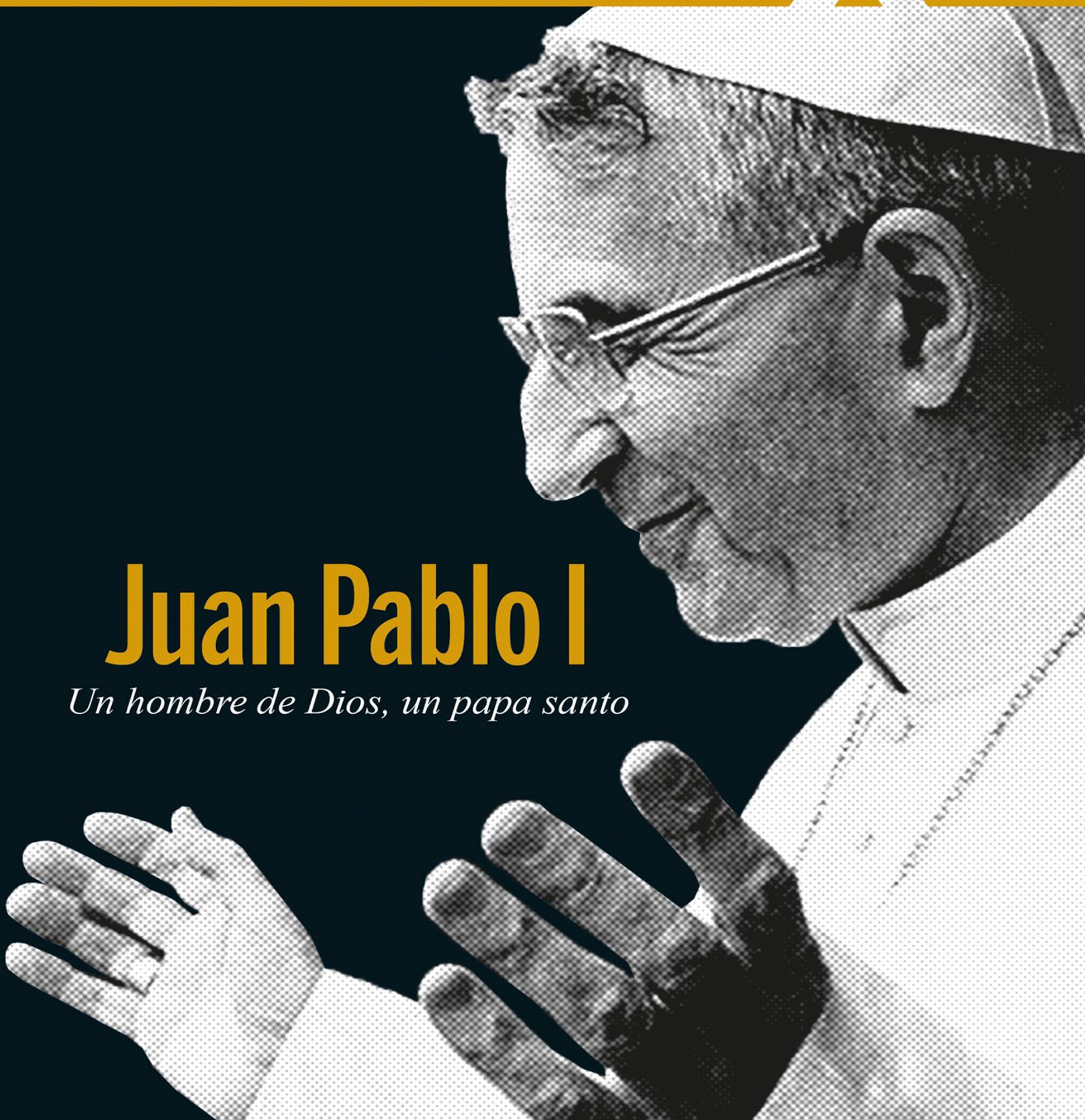
Claudio Alberto Andreoli



100XUNO

Juan Pablo I

Un hombre de Dios, un papa santo



Claudio Alberto Andreoli

JUAN PABLO I

Un hombre de Dios, un papa santo

Prefacio del cardenal Pietro Parolin

Traducción de Fr. Alberto Gómez Barruso fsc



Título en idioma original: *Albino Luciani. Giovanni Paolo I, un uomo di Dio un papa santo*

© De la edición original: Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2017.

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2022.

© de la traducción: Fr. Alberto Gómez Barruso fsc

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 108

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-127-4

ISBN EPUB: 978-84-1339-460-2

Depósito Legal: M-26487-2022

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PREFACIO

Primera parte. LA SANTIDAD DEL HOMBRE

Segunda parte. LAS PALABRAS DEL VENERABLE

PALABRAS DE JUAN PABLO I

PALABRAS DE ALBINO LUCIANI

LA CATEQUESIS DE JUAN PABLO I

Ángelus del día siguiente a su elección

La gran virtud de la humildad

Ángelus

«Vivir la fe»

La esperanza

La caridad

A un grupo de Obispos americanos

Tercera parte. UNA VIDA DE COTIDIANA SANTIDAD

I. SU FAMILIA Y PRIMEROS AÑOS EN FORNO

II. SEMINARISTA

III. SACERDOTE, PROFESOR Y VICERRECTOR DEL SEMINARIO GREGORIANO

IV. OBISPO DE VITTORIO VÉNETO

V. PATRIARCA DE VENECIA

VI. JUAN PABLO I

VII. LOS TREINTA Y TRES DÍAS DEL PAPA LUCIANI

VIII. *DIES NATALIS* DEL SIERVO (DE LOS SIERVOS) DE DIOS

APÉNDICES

CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE ALBINO LUCIANI

BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE DE NOMBRES

ABREVIATURAS

- BS1** Bassotto Camillo, *Il mio cuore è a Venezia*,
Tipolitografia Adriatica, Musile di Piave-Venezia 1999.
- BS2** Bassotto Camillo, *Io sono il ragazzo del mio Signore*,
Arti Grafiche Venete, Venecia 1998.
- KR** Kummel Regina, *Albino Luciani. Papa Giovanni Paolo I.
Una vita per la Chiesa*, Messaggero, Padua 1988.
- NG** Nicolini Giulio, *Trentatré giorni di pontificato*, Velar,
Bérgamo 1983.
- OO** Luciani Albino (Juan Pablo I), *Opera Omnia*,
Messaggero, Padua 1988-1989.
- RC** Rendina Claudio, *I Papi, storia e segreti*, Newton
Compton, Milano 1983.
- RM** Roncalli Marco, *Giovanni Paolo I. Albino Luciani*, San
Paolo, Cinisello Balsamo 2012.
- TZ** Tornielli Andrea - Zangrando Alessandro, *Papa Luciani,
il sorriso del santo*, Piemme, Casale Monferrato 2003.

¡El amor vence siempre! ¡El amor lo puede todo!

Juan Pablo I, ángelus del 24 de septiembre de 1978

PREFACIO

El 6 de octubre de 1978, el entonces arzobispo de Múnich y Freising, el cardenal Joseph Ratzinger, en la homilía pontifical en sufragio por Juan Pablo I, recordando a sus fieles las características sobresalientes de la figura y el trabajo del papa Luciani, no dejó de referirse a la consolación que despertó su testimonio ejemplar, y afirmaba:

El tiempo ya no es la red de la muerte, sino la mano tendida a la misericordia de Dios, que nos sostiene y nos busca. Y sus santos son los pilares de luz que nos muestran el camino, transformándolo ciertamente en el de salvación, mientras cruzamos la oscuridad de la tierra. A partir de ahora también él pertenecerá a estas luces. Y de lo que se nos concedió durante solo treinta y tres días emana una luz que ya nadie nos puede quitar. Por ello damos gracias al Señor ahora de todo corazón.

Este libro trata sobre la luz de santidad de Albino Luciani.

Su autor, Claudio Alberto Andreoli, que tuvo la gracia de conocer personalmente al Siervo de Dios, ha querido rendirle un homenaje con esta publicación para que la enseñanza de la vida sacerdotal y episcopal de quien fue «la sonrisa de Dios» permanezca para todos como un legado y un consuelo y para que su luminoso ejemplo siga dando buenos frutos en el Pueblo de Dios.

El 26 de agosto, en un cónclave que se desarrolló muy rápido con una mayoría «real», como la definió el cardenal belga Léon-Joseph Suenens, los cardenales de todo el mundo habían mirado hacia el pastor de la fe segura, que vive en el rebaño y para el rebaño de los fieles, que habla

con sabiduría y atrae las almas con las palabras del Evangelio.

Ellos querían un padre, colmado de humana y serena sabiduría y de fuertes virtudes evangélicas, experto en los dolores del mundo, en los traumas del hombre contemporáneo y en las necesidades de la inmensa multitud de personas que viven marginadas.

Habían elegido un sacerdote que creía en la virtud de la oración, capaz de desafiar la indiferencia con el corazón y con el amor.

En su última audiencia del 27 de septiembre, dedicada a la caridad, Juan Pablo I indicó enfáticamente que los pueblos hambrientos interpelan a los opulentos, invitándonos a preguntarnos, y antes que nada a los hombres de Iglesia, si realmente hemos cumplido el mandamiento: «Ama a tu prójimo como a ti mismo».

En la vida sacerdotal de Albino Luciani no hay acontecimientos excepcionales, sino una vida diaria empleada fiel y continuamente en el servicio pastoral. En sus escritos no aparecen intenciones de labrarse una imagen determinada, ni asoma la perspectiva de la ambición ni la búsqueda de glorias efímeras.

Consagró todo su celo como sacerdote y obispo a la *salus animarum*, al mismo tiempo que cuidaba de su alma y su fe.

En los escritos que aquí se proponen se transparenta su relación con las lecturas y los autores que alimentaron su fe, y su contacto directo con la esencialidad y la riqueza de la Sagrada Escritura.

Él mantuvo este propósito de sencillez también en su alimento espiritual.

De hecho, ni siquiera enfatizaba la práctica de las virtudes; hablaba de ellas con sencillez, como de cosas

normales para todos, fiel a la enseñanza del santo que admiró desde la adolescencia: san Francisco de Sales, el obispo y doctor de la Iglesia, referencia de la literatura espiritual moderna, con su *Introducción a la vida devota (Filotea)* y *Tratado del amor de Dios*.

Toda su vida —según destaca el autor de esta publicación— estuvo marcada por la sencillez evangélica, una sencillez que atraía a las personas, como un carisma, un regalo.

En él no había separación entre la vida personal y la vida pastoral, ni entre la vida espiritual y el ejercicio de la autoridad.

Escribió su testimonio de la vida cristiana en la absoluta coincidencia entre lo que él enseñó y lo que vivió, con fidelidad diaria a su vocación, a lo largo de su vida como joven sacerdote hasta la silla de Pedro.

Toda la vida de Albino Luciani, podemos decir, fue un compromiso a buscar la esencia del Evangelio como única y continua verdad, más allá de cualquier contingencia histórica.

Tan pronto como fue consagrado obispo, en la homilía pronunciada ante sus paisanos, dijo:

Trataré de tener siempre durante mi episcopado este lema: «Fe, esperanza y caridad». Si ponemos en práctica estas tres cosas, vamos bien; si tenemos fe, si tenemos esperanza, si tenemos caridad. Intentad vosotros hacer también lo mismo. Todos somos pobres pecadores (OO, vol. 2, 16).

Así durante su breve pontificado, después de la primera audiencia general programática sobre la humildad, Juan Pablo I dedicó las demás a las tres virtudes teologales.

Luciani también inscribió el ministerio pastoral petrino, que ejerció plenamente, en la sencillez, que en él nunca puede separarse de la atención al crecimiento personal de la fe, la esperanza y la caridad. En síntesis, de la santidad.

El fruto de este empeño fue una atención cada vez mayor a las dimensiones humanas, para servir al hombre como tal. Y esos hombres, tal como son, con los acontecimientos concretos de sus vidas, no fueron para el siervo de Dios solo los destinatarios de su magisterio, sino también hermanos de una vocación común, confiados a la misericordia, a aquello que nos une a todos.

Estas son las notas características de su espiritualidad: «El obispo pide al Señor no solo que sea capaz de enseñar esto (el amor a Dios y al prójimo) durante la misión que el Señor le permitirá desarrollar, sino también de ser capaz de precederles incluso con el ejemplo».

Solo aquel que puede decir con toda verdad: «Ya no soy yo el que vive en mí, sino Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20), puede encontrar los caminos del corazón de las personas, tocar este corazón, consolarlo, transformarlo, convertirlo, encendiendo en él un rayo de luz y dejando una huella indeleble.

Esto es lo que hizo el papa Juan Pablo I, con su enseñanza, con su ejemplo, con su humildad.

Una humildad que puede considerarse su testamento espiritual y que le permitió hablar a todos, especialmente a los pequeños y a los más lejanos.

La *humilitas*, que Albino Luciani recogió en su lema episcopal, sintetiza en sí misma lo esencial de la vida cristiana «e indica la virtud indispensable de quien, en la Iglesia, está llamado al servicio de la autoridad» (cfr. Benedicto XVI, *ángelus*, Palacio Apostólico de Castel Gandolfo, 28 de septiembre de 2008).

El papa Luciani ya había asimilado en su formación sacerdotal esa visión, que los Padres del primer milenio de la Iglesia consideraban *mysterium lunae*: una Iglesia que

no brilla con luz propia, sino con luz reflejada; que no es propiedad de los hombres de Iglesia, sino *Christi lumens*.

Una imagen de la naturaleza eclesial y de su propio saber hacer, que había calado ampliamente los documentos del Concilio y que se volvió decisiva y fecunda en el itinerario pastoral de Luciani.

Y haciéndose apóstol del Concilio, que fue «un signo de la misericordia del Señor para la Iglesia», él lo hizo carne sobre todo en la concepción de la proximidad de la Iglesia al pueblo de Dios, en ser *propter homines*.

Juan Pablo I recordó con inusitado vigor el amor que Dios tiene por nosotros, sus criaturas, parangonándolo, en línea con el profetismo veterotestamentario, no solo con el amor de un padre, sino con la ternura de una madre hacia sus hijos: lo hizo durante el ángelus del 10 de septiembre, con estas palabras que tanto llamaron la atención a la opinión pública: «Somos objeto de un amor eterno por parte de Dios. Sabemos que Él siempre tiene los ojos abiertos, incluso cuando parece que es de noche. Es Padre: aún más, es Madre» (*Insegnamenti*, 61). Y en la audiencia general del 10 de septiembre afirmó: «Dios siente gran ternura por nosotros, más ternura que la de una madre hacia sus hijos, como dice Isaías» (ib., 65, cfr. también la audiencia general del 27 de septiembre, 95).

Insistentemente repetía que el amor a Dios era inspirado por el amor que viene de Dios, que el amor de Dios siempre nos precede. Así, Juan Pablo I, firme en las decisiones que el ministerio episcopal le impuso asumir, pero siempre enfatizando en su magisterio el aspecto de la misericordia, se convierte en testigo de ello: «También la Iglesia es Madre, si es continuadora de Cristo; y si Cristo es bueno también la Iglesia ha de ser buena, debe ser una madre

para todos. Nadie queda excluido»; «Todos somos pobres pecadores... pero ningún pecado es demasiado grande, ninguno queda fuera de la misericordia ilimitada del Señor» (OO, vol. 2, 26).

La proximidad, la humildad, la sencillez y la insistencia en la misericordia y la ternura de Dios son los rasgos sobresalientes de un magisterio petrino que hace cuarenta años despertó la atención del Pueblo de Dios y que hoy permanecen más actuales que nunca.

En la homilía que pronunció, siendo ya Patriarca de Venecia, en el 750° aniversario de la muerte de san Francisco de Asís, dijo:

En la Iglesia de su tiempo, que necesitaba mucha reforma, él adoptó el método correcto de reforma. Amor apasionado por Cristo: vivir como Él, de Él, aplicar el Evangelio, adherirse a Él como si estuviera presente fue su programa. Francisco no solo era un hombre que oraba a Cristo, sino que era un hombre hecho de oración. Para sí mismo eligió la pobreza y de la pobreza hizo una amplia difusión. Pero nunca la separó de la humildad; mostró que la pobreza es compañera de la alegría; afirmó que la pobreza es la virtud real porque derrota la avaricia de los bienes terrenos, cualesquiera que éstos sean: dinero, honores, prestigio, fama. Con vida y palabra él enseñó que debemos ser felices en las penas y que el dolor se extingue en el amor de Dios [...] Un mar de bien, sobre todo de bondad. Cuando Cristo quiso hacer visible su mansedumbre en la tierra, envió a Francisco (OO, vol. 7, 462).

Son palabras a la luz de las cuales podemos releer el testimonio de la figura y la obra del papa Luciani.

En la liturgia en sufragio del siervo de Dios, el entonces cardenal Joseph Ratzinger llegó a decir: «Fue enterrado el día de san Francisco de Asís, el adorado santo al que tanto se parecía» (*Boletín de la Archidiócesis de Mónaco y Freising*, vol. 3, 26, 1978).

Su breve pontificado no fue, por consiguiente, el paso de un meteoro que se apaga después de un corto trayecto.

Por el contrario, sigue siendo un signo luminoso y un ejemplo de la continuidad de las esperanzas que provienen de muy lejos y que están arraigadas en el tesoro nunca olvidado de una Iglesia cerca de la enseñanza de los grandes Padres.

Con su muerte no se interrumpió esta historia de la Iglesia, obligada a servir al mundo, que reza, que invoca la fe, la Palabra de Dios, la importancia de la caridad.

No se cerró con él un capítulo ni se comenzó desde el principio.

Si bien Juan Pablo I no pudo hacer un solo gesto importante en el gobierno de la Iglesia, no se puede negar que contribuyó en gran manera a fortalecer el diseño de una Iglesia conciliar cercana al dolor de la gente y a su sed de caridad. No es poco.

Esta es la historia de la gracia que entra en el mundo, lo impregna y lo envuelve, ayudando misteriosamente a vencer la terrible aridez de nuestra humanidad herida.

Cardenal Pietro Parolin
Secretario de Estado Vaticano

PRIMERA PARTE. LA SANTIDAD
DEL HOMBRE

Albino Luciani. Giovanni Paolo I, un uomo di Dio un papa santo (Libreria Editrice Vaticana, 2017) se publica mientras está en marcha el proceso de la beatificación, oficialmente iniciado en la catedral de Belluno el 23 de noviembre de 2003 por el obispo Vincenzo Savio, estando presente el prefecto de la congregación para las causas de los santos, cardenal José Saraiva Martins; unos meses después, Mons. Savio fallecía al final de una dolorosa e implacable enfermedad.

Juan Pablo I murió en 1978. Han sido necesarios veinticinco años para llegar a la presentación de la causa de canonización de un «hombre de Dios» como Albino Luciani, que transitó pacíficamente al cielo en el Palacio Apostólico, donde lo había traído la Providencia; había llegado pobre, con pocas prendas de vestir, el hábito talar episcopal y algunos libros, así como pobre había entrado en el seminario en 1923.

El 28 de septiembre de 1978, cuando cerró los ojos en la cama donde Juan XXIII había muerto y cuyas funciones él había asumido, el mundo se mostró incrédulo ante la noticia: treinta y tres días de pontificado habían sido suficientes para darlo a conocer, apreciar y amar a todos los «*ostensus magis quam datus*» y parecía obvio para todos que Albino Luciani era un santo.

Quien esto escribe tuvo la oportunidad de tratarlo varias veces; en una primera reunión en el patriarcado de Venecia en 1973, apenas nombrado cardenal, y muchas veces más tarde, en el Instituto Filppin de Paderno del Grappa, donde el cardenal Luciani organizó varios encuentros y donde le

encantaba hospedarse, en comunidad con los hermanos de las Escuelas cristianas que él tanto apreciaba y a cuyo fundador, san Juan Bautista de La Salle, definió como un «santo perfecto».

Entre los años 1973-1978, el cardenal Albino Luciani, que de buena gana visitaba a los pacientes en el hospital —él mismo había estado nueve veces ingresado en clínicas de reposo o en hospitales—, a menudo pasaba por el policlínico de Padua, donde trabajaba, entonces, como dirigente sanitario el autor de este libro, en la clínica de otorrinolaringología de la universidad. Los hospitales, ya se sabe, son lugares donde uno se pierde fácilmente y el cardenal llamaba a menudo a su amigo, el doctor Claudio, con quien había hablado amablemente varias veces, cuando quería visitar a un amigo o colaborador hospitalizado, para moverse rápidamente en el laberinto del hospital. Lo hizo, siempre, muy discretamente, como queriendo disculparse por las molestias causadas, y tan pronto como llegaba a la puerta del policlínico, al final de la visita, rápidamente se despedía para no molestar más y había que insistir en acompañarlo al coche o al autobús.

Se hacía tan evidente, en estas y otras ocasiones, que Albino Luciani era un santo, que uno se queda sorprendido de ver que hayan hecho falta veinticinco años para iniciar el proceso de su canonización.

Mons. Vincenzo Savio, obispo de Belluno-Feltre, con motivo de la apertura de la causa escribió:

En el paraíso, estoy convencido, cada uno de nosotros conservará los rasgos más hermosos de su persona; en qué consistiría si no, la profesión de fe en la resurrección de la carne, sino en que cada uno de nosotros llevamos ante Dios, por toda la eternidad, nuestra identidad purificada del mal y brillante por la gracia de la redención.

No me sorprende nada entonces que, para poner de manifiesto la santidad

del papa Luciani, haya sido necesario que cientos de miles de creyentes, gente piadosa y humilde a los que él amaba y tanto buscaba, tuvieran casi que implorar que se derribara aquel muro de resistencia que impedía que el mundo le venerase.

Creo que ha sido él mismo y no la lentitud prudencial de los estamentos eclesiásticos lo que ha hecho que solo ahora se inicie la causa que podría, si está en los planes de Dios, proponer a Albino Luciani como testigo de santidad para la Iglesia y para el mundo.

Ya el 9 de junio de 1990, en verdad, el episcopado brasileño de la Región Oriental 2, con motivo de la visita *ad limina* al Vaticano, pidió al papa la introducción de la causa de beatificación, con una carta fechada el 15 de abril de 1990 y firmada por doscientos veintiséis obispos, cuatro de ellos cardenales.

El primer firmante fue el arzobispo de Belo Horizonte, Serafim Fernandes de Araújo, nombrado cardenal en el consistorio de febrero de 1998:

A Su Santidad Juan Pablo II,

beatísimo padre, los abajo firmantes obispos de la Iglesia en Brasil, admiran con alegría constante la memoria y la creciente veneración que nuestros fieles de todas las clases sociales manifiestan por la figura paternal de su predecesor inmediato Juan Pablo I. Aunque han pasado once años desde su ascenso al pontificado y su muerte prematura y repentina [...] todos presentimos que en aquellas semanas algo extraordinario tuvo lugar en la Iglesia, acelerando su camino [...] La grandeza de este papa es inversamente proporcional a la duración de su servicio en la Sede de Pedro [...] Por todo ello, con filial confianza, presentamos a su Santidad la solicitud de la introducción de la causa de su predecesor, Juan Pablo I, de santa y venerable memoria.

A lo largo de los años se han recogido más de trescientas mil firmas de fieles, promovidas por los obispos predecesores de Mons. Savio, Mons. Maffeo Docoli y Mon. Pietro Brollo, que piden elevar a Albino Luciani al honor de los altares. El número de firmas sigue creciendo cada día.

«¿Cómo podría yo dejar de ver en esta avalancha de llamadas una señal precisa de adoptar con Roma una

posición más decidida?», escribe Mons. Savio en el prefacio del libro *Papa Luciani, el sorriso del santo* y, después, continúa presentando al santo pontífice con estas palabras:

La Iglesia deberá verificar en profundidad si son ciertas las cosas que estamos oyendo.

La comunidad en la que Albino creció se forjó sobre una fe concreta, esencial, y sobre una vida laboriosa y marcada por una profunda honradez. De aquí proviene el sentimiento callado, casi familiar, de un Dios cercano a la vida de todos para guiar a todos hacia Su propia vida, que el seminarista, el sacerdote, y obispo Luciani constantemente reiterará.

El fluir de su vida de fe fue como el fluir de los riachuelos de esos espléndidos valles que, al pasar entre las piedras y abrirse camino, se ensanchan y distribuyen, a lo largo de su curso, todo lo que han ido acumulando gradualmente para después alimentar bosques y prados.

Sus tiempos de crecimiento espiritual y cultural fueron los tiempos normales de todos los niños. Con el paso tranquilo del hombre de la montaña, sin ansiedad, alcanzó las metas señaladas por Dios y, en Dios, amplió serenamente sus horizontes de sacerdote, de maestro y educador, de obispo.

Cuando la Providencia lo llamó a sentarse durante unas horas en la silla del apóstol Pedro, como Jesús en el templo, Albino Luciani nos escuchó y nos interrogó. Allí le vimos plenamente como el testigo y el guardián serio de los dones que Dios le había deparado, al servicio del bien de la Iglesia y del mundo.

Cuando proclamó sus intenciones, ya elegido papa, destacó una sola voluntad: participar personalmente y con todas sus fuerzas (pensemos en los hitos de su primer mensaje de radio a Roma y al mundo, el día después de su elección: servir a la implementación del Concilio; devolver la fuerza al legado tradicional de Fe, Caridad y estructuras de la Iglesia; apoyar con dedicación la evangelización; continuar el compromiso ecuménico y el diálogo con todo el mundo; ampliar la participación para la paz y sus frutos) para garantizar que la llamada universal a la salvación, que comenzó en el corazón de Cristo y se extendió al mundo entero. Esa fue la única razón real de su Ministerio petrino.

Él, el sacerdote, el obispo exigente, fiel sin reservas a su deber, el que había aprendido a poner sus manos en las manos de Dios, se pone a la total disposición de la Iglesia y de la sociedad civil, sin distinción de razas o ideologías, para asegurar al mundo la llegada de un día más sereno y más dulce (OO, vol. 9, 24).

Es significativo que fuera un obispo, considerado carismático en vida y después de su muerte, un santo como Vincenzo Savio, quien introdujera decididamente la causa

de canonización de Albino Luciani, ante la que hubo resistencias que el obispo no tuvo miedo de contar, como ya se ha escrito. Es llamativo también que el servicio episcopal de Mons. Savio en Belluno-Feltre fuera breve, tres años y un par de meses, desde 2000 (nombrado el 9 de diciembre, con inicio el 18 de febrero de 2001) al 31 de marzo de 2004, el día de su tránsito al cielo. Los signos de la Providencia también se leen en esa brevedad de los ministerios, comenzando por el de Juan Pablo I, que en treinta y tres días, sin quererlo, fue dado a conocer en todo el mundo como un hombre de Dios.

Cuando un obispo ingresa en una diócesis, tiene mil reuniones e infinitos deberes. Mons. Savio comienza inmediatamente, nada más llegar a Belluno, a promover la causa de Albino Luciani, como si tuviera miedo a no disponer del tiempo necesario; el 26 de agosto, seis meses después de su llegada, celebró misa en la iglesia de Canale d'Agordo, con ocasión de su elección al trono papal; el 28 de septiembre está en Roma para el sufragio de Juan Pablo I en la Capilla Papal.

El 26 de agosto de 2002, Mons. Savio anuncia, en Canale d'Agordo, la inminente apertura de la causa de beatificación de Juan Pablo I, tras múltiples reuniones con los colaboradores encargados de recoger testimonios y recuerdos del pontífice, desaparecido veinticuatro años antes; hace leer una declaración oficial del vicario general Giuseppe Andrich:

Desde 1978, año de la muerte de su santidad Juan Pablo I, hasta la fecha, se ha recopilado un considerable número de solicitudes de laicos, religiosos, sacerdotes y obispos para presentar la causa de canonización del papa Luciani. Atento a dichas solicitudes, el mismo Mons. Savio, había encargado un año antes a un comité de sacerdotes que realizara un análisis cuidadoso de la situación para poder dar una respuesta a los muchos fieles que pedían